

POEMAS



© de la foto, Javier
Gaete Fontirroig.

ÁLEX CHICO

Álex Chico (Plasencia, 1980) ha publicado la novela de ensayo ficción *Un final para Benjamin Walter* (Candaya, 2017), el libro de entrevistas *Vivir enfrente* (Editora Regional de Extremadura, en prensa), el cuaderno de notas *Sesenta y cinco momentos en la vida de un escritor de posdatas* (La Isla de Siltolá, 2016), el ensayo *Un hombre espera* (Libros en su tinta, 2015) y los libros de poemas *Habitación en W* (La Isla de Siltolá, 2014), *Un lugar para nadie* (De la luna libros, 2013), *Dimensión de la frontera* (La Isla de Siltolá, 2011) y *La tristeza del eco* (Editora Regional de Extremadura, 2008), además de las plaquettes *Escritura*, *Nuevo alzado de la ruina* y *Las esquinas del mar*. En 2016 la editorial chilena Andesgraund publicó *Espacio en blanco*, una antología que reúne parte de su obra poética desde 2008 hasta 2014.

Paisaje con John Berger

I

Nos preguntamos a qué hora cae la noche en la casa de verano.

Qué haremos mañana. Qué hicimos ayer.

Quiénes dejamos de ser.

Cómo regresar a un territorio que fue también el nuestro.

Los días suceden como las páginas de un libro. Se precipitan desde la mesa hasta el suelo.
Nos aviva el recuerdo su forma de caer.

Enterramos nuestra lengua materna con un puñado de tierra. Hacemos distancia al convertirnos en el agua de un termo.

Allí delante, mientras bajamos y subimos las escaleras, el horizonte se abre como una boca.

Ahora sólo podemos golpear la puerta para despedir a los que parten.

Abrimos las manos.

Nos decimos que somos breves e insignificantes. Como una foto alojada en el bolsillo de nuestra cartera.

II

Nos preguntamos cómo se construye un paisaje.

Conversamos en silencio, cada uno a un lado y con la vista puesta al frente, antes de hablar y de agotar ciertos temas. No hay palabras que puedan describir el temor a lo previo, el momento en el que no sucede nada, porque todo parece estar a punto de precipitarse. Justo cuando tiembla el suelo y se tensa también la calma.

Somos los muertos, dices.

Somos la cal sobre las paredes. Las voces que caen como una cascada. Las vías en desuso. El cuenco que resbala de nuestro índice. La palma de una mano flácida. Lo que quedará de ella más allá de la alambrada.

No hace falta despertarse antes del amanecer. Cuando los muertos sean de nuevo expulsados, quedaremos nosotros como dos sombras. Formaremos parte de un reflejo en mitad de una casa.

Tenías razón: la piedra es el lenguaje. El agujero donde habita se parece a la poesía.

El otro

I

Es imposible caminar a solas. A estas alturas, de tiempo y de paseo, nadie cruza una calle sin estar acompañado. Todo nos habla desde una oscuridad remota: un escaparate a medio montar; las cajas dispuestas para llenar una sala; un camión que impide el paso y nos condena a esperar bajo el sol; los libros que al abrirse van soltando piel y arena.

Ahora, ya lo ves, ni siquiera logramos cruzar solos una calle. Seguimos en este deambular un poco a tientas, como si pudiéramos hablar a quien, una vez, caminó a nuestro lado. Hay demasiada memoria en nuestros pies, demasiada experiencia en músculos y tendones. No existe un espacio que no guarde algún nombre imaginado en una cama, ni cama que carezca de dos cuerpos aún sin forma.

Es tarde para volver, y tarde para empezar de nuevo. Nos queda esta rutina de repetir lo ya comenzado: encontrar una llave, encajarla en una cerradura, entrar a una casa vacía,

refugiarse en un rincón, justo al lado de una lámpara que nos recuerda un fuego mal prendido en un campamento lejano.

Sólo queda cerrar los ojos y ver, en la opacidad de los sentidos, a tantos seres que orbitan alrededor del sillón en el que descansamos. Un desfile de sombras que, reflejados en el espejo del pasillo, nos parecen una broma pesada o un milagro.

II

Cualquier dirección es posible, pero eliges caminar calle abajo. Se estrecha la vía y al pasar de nuevo por el mismo portal se anuda a ti esta suma de historias incompletas, recónditas, banales: el televisor apagado que alguien mira con desinterés desde un sofá, las flores secas en el centro de una rotonda, el paseo solitario de quien será, horas más tarde, un asesino a la fuga.

Nada te atañe esta sucesión de minutos, recibidos así, con aparente casualidad, y sin embargo bajan contigo como una piel muerta. Porque el camino es largo y formas parte de una vieja ceremonia: la del testigo que perpetúa, sin pretenderlo, el ritual de los días a medio hacer; la del espectador que busca una parte y la siguiente.

El azar se transforma en una extensa cadena. Una pesada cortina que al desplegarse agita los límites del mundo. También a ti te golpea su movimiento a medida que avanzas.

La carretera se bifurca. No hay camino de regreso para alguien que olvidó dónde está su casa. El asfalto mojado te hace resbalar y perder el sentido. Todo a tu alrededor no es más que una concatenación de ficciones, como una mandíbula que al abrirse devora cualquier rastro de vuelta.

Eres uno, ahora, y eres múltiple.

Sabes que al doblar la esquina nadie te llamará por tu nombre.

Naturaleza muerta

Hemos dejado que el vaho humedezca los cristales. Dibujan formas que interpretamos un poco a tuestas, como quien juega solo por acercarse a un enemigo que ama. Recorremos el cristal y marcamos un camino ya transitado. Es una calle de otro tiempo, dijiste, un lugar a mucha distancia. La gota que cae está trazando un paisaje. Un regreso a pie, un paseo por casas medio derruidas, el trazado de un barrio idéntico al mío, de vidas y de bloques similares, de parques recorridos en un instante lejano.

Y así pasamos las horas, imaginando un mundo irreal en el espejo, amparándonos en esa vieja costumbre de inventar una memoria compartida. Antes de que el tiempo amaine y tengamos miedo. Antes de que el cristal se desempañe y nos refleje a los dos, cara a cara, solos y sin saber qué decirnos.

(del libro *La mitad del poema*, inédito).

